

UNA CONSTANTE SIGNIFICATIVA EN LA POESÍA DE ISAAC FELIPE AZOFEIFA

JORGE ANDRÉS CAMACHO R.

Dos advertencias preliminares: En la presente exposición partimos de una especie de significación no formalizada lingüísticamente que podría situarse en lo que Hjemstev llama "sustancia del contenido" y como tal, según señala J. Cohen, no es pertinente hablar en ella propiamente de poesía, que, en todo caso, es forma ("forma del contenido "y" forma de expresión").

En el otro extremo, algunos suelen hablar de la "unicidad" de la poesía; esperan que revelando dicha unicidad se instale el investigador en la obra de un poeta. Nosotros, si bien podemos aceptar la poesía como un decir *necesario*, insustituible por tanto, pensamos que no solo no es única por sus procedimientos, sino tampoco por sus mensajes. Por otro lado, la única forma de hablar de esa unicidad sin romperla es haciendo enteras tautologías.

No obstante lo dicho anteriormente, esta breve exposición oscila entre esos dos extremos: entre una "sustancia del contenido", una especie de estructura profunda de la significación poética y los textos concretos que la manifiestan. En el primer plano se admite el supuesto de que debajo de la multiplicidad de una obra poética, (inclusive aparentemente contradictoria) subyace un *pensamiento poético* coherente; con el segundo no solo ilustramos dicho pensamiento, sino que con ello amenizamos, es decir, hacemos grata esta exposición.

Haciendo extensión, un tanto metafóricamente o por lo menos con sentido muy amplio, del concepto de redundancia que la lingüística atribuye al objeto literario, principalmente al

poema, se puede decir que la poesía, desde su temática y desde sus recursos, es altamente redundante. Lo cual iría, en buena medida, contra el principio de la unicidad del poema. A este, se dice, lo sostiene una jerarquizada estructura de redundancias fónicas, rítmicas, sintácticas, etc., que adquieren significado o mejor, representan un significado. El poema, por tanto, y de ahí su sentido etimológico, crea, a su manera, lo que dice; hace un decir.

En el espacio y en la historia la poesía viene a constituir una especie de gran estructura profunda de significación que sostienen unas pocas frases fundamentales, que, a su vez, generan la infinidad de frases; llámense estos, poemas, si se quiere. Y una de las frases importantes que conforman ese gran poema es el que le confiere al hacer poético, directa —cuando se hace reflexiva— o indirectamente, la condición de redentora o salvadora, o eternizadora del hombre, considerado este en su tiempo esencial; temporalidad inexorable, irreversible, quizás su única absolutez. Esta idea redentora la expresa así Laureano Albán: "Solo somos tiempo y estamos desprovistos de eternidad. De ahí mi vigilia por atrapar en poesía aquello que transmuta en llama la ceniza". La poesía permite al hombre crear la ilusión de una eternidad, de una atemporalidad, de una perdurabilidad, aun cuando ella no exista sino en ese pequeño recinto de ficción que es el poema, que erige al poeta, como ha dicho alguien, en una "diminuta metáfora de Dios". Es en el poema, anclado aun en indiscriminados orígenes paradisíacos y solo ahí, donde el hombre puede anular el tiempo y las contra-

dicciones de su existencia construyendo algo así como lo que podría ser la visión de una mente divina. Por ello puede decirse que es característica de cualquier poesía, y quizás de todo el arte, trascender siempre la supuesta realidad a la que alude por más cotidiana y vulgar que parezca. Toda verdadera poesía resulta, —no lo decimos con carácter despectivo,— *evasiva e ilusa* y por tanto, patrimonio exclusivo del hombre.

Esto viene a constituir en la historia de la poesía una redundancia, o quizás mejor, una constancia temática; pero resulta que, a la vez, para conseguir esos efectos, el poema, como objeto individual, acude ya formalmente, ya conceptualmente a la redundancia, algo así como el sentido o la forma de lo circular, tal vez la única manera en que el hombre puede hacer la ficción de lo eterno. Ya en la fuga imposible hacia el absoluto del simbolista, o al pasado medieval o hacia la utopía política del romántico o del marxista, o la catarsis clásica, la poesía no se queda nunca a ras de la realidad. Por ello, aunque quizás solo metafóricamente, los mismos poetas tienden a verla más allá de la sustancia concreta de las palabras; el propio Azofoifa dice:

*Más allá de las sílabas de este verso,
más allá de la espiga que tú eres,
más allá del amor con que te sueño,
está la poesía.*

*La poesía es un aire más que aire,
una luz más que luz
una forma que está más allá de la forma*

*Es eso que nos habla sin palabras
cuando la última palabra del poema
se ha quedado en silencio.*

(Cima del gozo, XLV, pág. 67)

¿Cómo se manifiesta en la poesía de Azofoifa esa matriz significativa que hemos esbozado en la poesía? Para mostrarlo hemos elegido tres poemarios principales: *Vigilia en pie de muerte* (V) *Días y territorios* (D.T.) y *Cima del gozo* (C.G.); por lo demás este breve trabajo no tiene más pretensión que proponer la hipótesis de una importante veta de significación en su poesía.

En primer lugar hay que decir que en Azofoifa, la redundancia estructural, formal (aunque hay que repetir que en poesía toda forma se semantiza) casi no se da, porque casi siempre se

construye su poesía en verso libre. Aunque parezca extemporánea la observación, pensamos que con el verso libre (una especie de prosa poética) pierde la poesía posibilidades de ser, etimológicamente al menos, más poética, es decir, pierde recursos que le permitirían hacer a su manera lo que dice. Hay en los poemas revisados uno, "Balada del fuego que arde en la chimenea", de *Días y territorios* que ajustado a una impecable matriz convencional (formal) consigue con la redundancia el efecto de incursionar "bergsonianamente" en diversas instancias del pasado en breves ciclos, que a su vez conforman un ciclo total. Pero este poema, que veremos luego, es excepción. En Azofoifa la redundancia, en el sentido que hemos leído, es, digámoslo así, principalmente conceptual.

Aun cuando en cada uno de los libros mencionados adquiere matices diferentes, conceptualmente (si se quiere semánticamente) alude siempre a una reiteración que, con ritmo circular, anula aparente, o mejor, poéticamente, el tiempo.

También, ciertos símbolos y recursos estilísticos se repiten en casi todos los poemarios. Por ejemplo el símbolo del alba, como ciclo renovador y eterno. "Al alba siempre" reza el título de un poema de *Días y Territorios* (pág. 99), que, aunque está en un capítulo que tiene como trasfondo el otoño, concluye:

"Vida, mi vida, al alba siempre"

En "El viajero del alba", dice uno de los interlocutores:

"¡La aurora es inmortal!"

y finaliza:

*"¡—Oh suaves campanas entre la madrugada!
Es la hora. El alba llega.
Deja tu vida vegetal y sígueme."
(pág. 96)*

Haciendo redundancia formal el poema que inicia *Días y Territorios* comienza:

*"Con las extintas lilas muero un poco,
y la rosa me trae cada amanecer el mundo"*

Y concluye:

"Con las extintas lilas muero en poco,

y cada amanecer me trae una rosa nueva”
(pág. 18)

También a través de toda su obra, es frecuente el recurso del oximoron y de la antítesis que hace un efecto parecido:

*“Sin prisa, sin descanso, una vez más,
por primera vez . . .”*
(Cima del gozo, pág. 31)

*“En la noche final, juntos seremos, oh
iniciadora”*

En cada poemario, decíamos, adquiere esta circularidad, que ya había señalado Hugo Montes con otro sentido, matices diferentes. En *Vigilia*, a pesar de cierto pesimismo, la luz, símbolo de racionalidad (de humanidad) y del recomienzo aparece como un concepto principalmente filosófico. En ese sentido resultan significativos los siguientes versos que proclaman el triunfo, no fácil, de la luz:

*“ . . . una vez que haya amanecido
la lenta luz que siempre llega, a duras penas.”*
(V. “No encuentro donde reposar” p. 53)

Proponemos ligeramente algunos otros ejemplos. En “La raza diurna duerme” dice:

*“ . . . crece lo que es necesario
para que la vida del mundo se renueve y sea
eterna”*
(V. pág. 26)

En el poema inicial de *Vigilia*,

*“Quizá la vida sea un anillo
sin fin, que el hombre sin cesar recorre
perseguido en silencio por su muerte”.*
(V. p. 15)

En “El espíritu de Dios sobre las aguas”:

*“ . . . y ví por eso que la vida
es infinita y perfecta como un círculo”.*
(V. p. 84)

En “De nuevo el diluvio: Credo y proverbio”:

*“Cada minuto llega destruyendo y creando
¡Ah, el círculo perpetuo de la vida y la muerte!”*
(V. p. 85)

*“Estos árboles en donde empieza y acaba
mi genealogía”.*
(V. p. 86)

Este afán eternizador, como puede esperarse es un anhelo por proyectar en el futuro (esa importante dimensión del tiempo; al fin y al cabo, para fingir lo eterno el hombre solo puede apoyarse en el tiempo) lo que en el presente o en el pasado fue positivo: por ejemplo, como hemos indicado, el alba, con toda la simbología de lo que se inicia o renace:

*“Iza la vela del júbilo, alma,
recomienza . . .”*
(V. Júbilo, p. 89)

“Todos los días recomienzo”
(V. Júbilo, pág. 89)

O con el anhelo de la resurrección que poetiza con imágenes evangélicas cristianas al final del libro. En “De profundis”, a la mariposa —alma humana— Cristo— se la conmina:

*“Hagamos un solo día —otro tercero día—
nuestra vida
para esperar su regreso.
Alma eterna del hombre, mariposa celeste,
resucita
O el Dios que revelaste también muere.”*
(V. pág. 112)

Finalmente en el mismo libro se da otro tipo de eternidad poética: el de la naturaleza (“Júbilo o la naturaleza”) que en su atemporalidad (el tiempo es patrimonio humano; cierta distensión del alma, según San Agustín) o inconsciencia, ofrece al hombre el éxtasis, la invitación mística liberadora y destructora por ello, a la vez, de la enorme responsabilidad de ser consciente (en cierta forma la conciencia es tiempo interno que inventa la temporalidad externa). El tiempo de la naturaleza es el presente.

Así lo expresa:

“Presente, tiempo puro, duración absoluta”
(V. “Reposo en la alta montaña” pág. 69)

*“Rodeado de bosque, un templo en ruinas,
cede
al presente triunfante, mientras mi cuerpo,
hundido*

*en la hierba, recibe el éxtasis del mundo
en la perfecta copa del presente."*

(Idem. pág. 70)

Al hombre que muere en el bosque le dice, en concepción mística:

*"Tú no has muerto en el bosque, has
regresado
a la vida divina de la tierra".*

(V. "Un hombre ha muerto en el bosque
pág. 73)

En *Días y Territorios* es el ciclo que recupera el pasado en proceso "proustiano". El círculo ahora arranca del presente, incursiona en el pasado, y viene a cerrarse de nuevo en el presente. La posibilidad de traer el pasado al presente lo rescata, lo resucita. Si en *Vigilia*, exceptuando en *Júbilo o la naturaleza*, la reiteración aparece como un anhelo hacia el futuro, en *Días* es hacia el pasado, la otra importante dimensión del tiempo agustiniano.

Esta incursión en el pasado, es decir, en la propia interioridad, crea el poema, afectivamente teñido de nostalgia o de dolor; a veces, de encantada contemplación. Cuando se regresa al presente el poema cesa; el impulso anímico, restaurador hacia el pasado, lo potencia. De acuerdo con algo que podría llamarse temperamento poético o quizás corriente literaria, el presente puede constituir un refugio, a veces mediano, o humilde tal vez; o una obligada prisión. En *Azofeifa* nos parece que representa lo primero.

*"Ah, corazón que amas el presente", dice
en . . . "Esta es mi casa en ruinas"*

(D. pág. 44)

En "Aquí estuvo mi infancia", después de la incursión en el pasado con vívidos detalles como:

*"Camino sobre un vasto rocío, yerro por
trillos vírgenes.*

*Hay moradas ocultas, aguas, insectos,
frutas, y flores*

*como mínimas trompetas
cuyo sonido de miel chupo,
y unos tiernos cuchillos*

a dulces pitos destinados por mi lengua"

*"Hay coleópteros de oro bajo las boñigas
Cientos de hormigas marchan de una en una*

o se detienen y conversan".

*"Cantan pájaros alguno
me descubre y me sigue y me denuncia a
gritos" etc.*

(Días, pág. 142)

concluye:

*"Abandonado de la luz,
mudo de pájaros y voces,
triste de sueños,
regreso acompañado de las sombras
al saludo, al abrazo, a la mirada
El fuego del hogar arde y me ofrece
el corazón abierto de la casa".*

(D. pág. 142)

Y efectos semejantes hay también en "Cementerio", y "La más antigua alegría" que bellamente finaliza:

*"Mi día ha terminado.
Iba detrás de los congedores
como un pequeño pájaro en silencio
picando el grano caído
y recogiendo en mi corazón
la cosecha dorada de la más antigua alegría."*

(D. pág. 149)

En el mencionado "Balada del fuego que arde en la Chimenea" la redundancia formal (estrofas de diez octosílabos, una única rima asonante en e-o, un dístico que a manera de estribillo —todo estribillo es cíclico— repite: en-por-desde "el aire de los sueños"; un ritmo lento que reitera además fonemas vocálicos en los acentos mayores de cada verso, inclusive proyectando rimas internas:

*/"Otoño ha entrado en la casa/
/Ahora su corazón/
/Convocado por la llama/
/llega paso a paso el tiempo/
/y la memoria recoge,
/brasa a brasa, los recuerdos"/*

*Ah, la maravillada
infancia de los deseos! "*

*¡Ay, la maravillada
infancia de los deseos! "*

Otros ejemplos:

/“Ay, el agua amarga, el pan”/
/“su lento violín de ciego/
/“Dulce calor y luz tierna.”/

El texto, que transcribimos a continuación, concluye en el presente de manera significativa con respecto a lo que hemos considerado el cese del impulso poemático:

“Ya no hay palabras, ya solo
la chimenea y el silencio”
(D. pág. 199)

“Balada del fuego que arde en la Chimenea”

Otoño ha entrado en la casa
con una carga de leños
Ahora su corazón
arde en la penumbra lento.
Convocado por la llama
llega paso a paso el tiempo
y la memoria recoge,
brasa a brasa, los recuerdos.
¡Ah, pesadumbre! ¡Ah, ceniza,
la de su apagado fuego!

El alma vaga sin lágrimas
por el aire de los sueños.

¡Ah, la maravillada
infancia de los deseos!
Aquella luz, aquel verde,
aquel azul, aquel cielo.
Aquella verdad tan frágil
de amor recién descubierto.
Y el mundo, que se volvía
agua de su propio espejo.

¡Ah, paraíso del alma!
¡Ah, dulce vos del recuerdo!

Una llama viva enciende
todo el aire de los sueños.

¿Cuándo se rompió el cristal
mágico de los deseos?

¡Ay, el agua amarga, el pan
agrio, el largo día negro!

Todo lo ocultó la gris
nube de los desconsuelos.

El canto en la soledad
salía oscuro y doliendo.

Mas la poesía velaba
fiel, el alma, como un perro.

Una llama triste prende
en el aire de los sueños.

Los seres como sonidos
buscando un acorde eterno.
Y el tiempo dispar, y su
fuga sin amor ni término.
Y la espera desolada
de un predestinado encuentro.
¡Ay, canción de amor que llegas,
de pronto, desde tan lejos
mientras el otoño toca
su lento violín de ciego!

Un fantasma azul se apaga
en el aire de los sueños.

Donde ardieron tantas llamas,
sólo queda un suave fuego.
Fuera está el frío y la noche
sin corazón ni recuerdos.
Aquí, nuestro amor presente,
desnudo, fuera del tiempo.
Dulce calor y luz tierna
donde ardió el amor entero
Ya no hay palabras, ya sólo
la chimenea y el silencio.

El alma vuelve a su hogar
desde el aire de los sueños.

En el *Cima de gozo*, poema amoroso, la temática se da, otra vez, con sentido presente: la rendición eternizadora está en el minuto, en el instante de la vivencia amorosa:

“Que este minuto sea el que nos salve
porque lo hemos vivido hasta encontrar
en su fondo sin límites
la alegría de Dios agradecido”
(C. pág. 44)

Así dice del amor:

“En qué ángel constante resucitas
cada día, y me salvas
de la pálida loba que me persigue”.

Y de nuevo el juego estilístico de contrarios:

“Sea nuestro este minuto
que para siempre sea nuestro”
“que este silencio nuestro arda en tiempo
infinito

*de amor, como una llama solar,
sin edad, sin término, fuera
del presente fugaz y fugitivo”*
(C. pág. 42)

El poema final del libro concluye:

*“... nuestro día
tiene una luz sin término...
La vida empieza en nuestras manos juntas;
.....
y amor es siempre la razón del mundo”*
(C. pág. 77)

De la amada, como de una pequeña diosa, afirma:

*“Todo lo creas cada día de nuevo
cuando haces, amor, el cotidiano
milagro del aseo, que es el rito
de la renovación de los objetos”*
(C. pág. 57)

La otra dimensión eternizadora ha de ser, como es de esperar en un poema amoroso, digámoslo así, biológica:

*“Crece en ti mi simiente
En ti se expande la célula original
del universo
.....
Yo he nacido en tu vientre
Bendito sea el fruto de este amor,
el hijo nuestro”*
(C. pág. 76)

Y el hijo que vendrá también habría de repetir la misma ley “eternizadora”.

*“... tendrás el hijo (le dice)
y así obedecerás a la vida, que está siempre
por encima de todo, más allá de todo,
eterna”*
.....
(C. pág. 74)

El círculo, símbolo de perfección, el cual, por limitado, resulta accesible al hombre, ha sido exaltado con júbilo por artistas que en la totalidad de su obra o en algún momento de ella pueden llamarse clásicos (por ejemplo “La perfección del círculo” de J. Guillén; García Lorca hablaba de lo geométrico como lo “eterno limitado” en la Oda a Salvador Dalí). A esta condición suele sumarse, en esos poetas, con frecuencia, una exaltación de la

luz y su esperanza en ella. Porque no todos los que hacen ciclos y eternizan en sus poemas son optimistas (aquí valga el ejemplo de Bécquer; también el de A. Machado y otros hombres del 98). Azofeifa en este caso parece estar muy cerca de aquellos clásicos que confían en el hombre y su destino. Aun en la muerte, el hombre aparece en él exaltado como un héroe clásico.

*“Y el hombre está de pie
alegre, puro, libre, como un héroe
que sabe que es un naufrago”*
(V. pág. 16)

En su misma concepción de poema que alguna vez enuncia, sugiere una estética clásica:

*“Pero dices que quieres que el poema tenga
un puro y claro límite como tú tienes
la redonda, infinita curva de tu cuerpo”*
(C. pág. 12)

En la veta significativa que nos hemos propuesto mostrar, Azofeifa aparece como un poeta humanista y clásico. Preguntado uno de los protagonistas de “El viajero del alba”, de Días, por cuál es la medida del corazón del hombre, responde.

*“Es la hora. El alba llega
Deja tu vida vegetal y sígueme
El hombre es mi territorio
No hay ninguna medida”*
(D. pág. 189)

De manera que la elección que premia al importante poeta costarricense no solo ha sido por su indiscutible valor literario, sino también por su íntegra, ejemplar concepción de humanista; resulta así un acierto de quienes quisieron hacer perdurable en un edificio público el mensaje que dice:

*“De veras, hijo,
ya todas las estrellas han partido
pero nunca se pone más oscuro
que cuando va a amanecer”.*

Este texto, verso atrás, tiene estas palabras:

*“Y sin embargo, yo, uno cualquiera,
creo en ti, hombre, porque primero y antes
también yo soy un hombre
y poseo la angustia”.*